

Emilio Rodríguez

EL PARÁSITO

Parásito: animal o vegetal que vive dentro o en la superficie de otro organismo, y de cuyas sustancias se nutre.

No me atreví a extirparlo de mi cuerpo cuando aún había tiempo para hacerlo, y ahora ya es demasiado tarde para intentarlo.

Me aterra pensar en lo que me espera, pero tampoco tengo el valor suficiente para quitarme la vida y escapar de un futuro hacia el que avanzo con repulsión infinita.

Debo entonces, convivir con el parásito que se alimenta de mí...

Todavía recuerdo con precisión de detalles el día en que las sospechas de que lo tenía alojado en el interior de mi cuerpo se confirmaron en forma inequívoca. Había transcurrido cierto tiempo desde que notara los primeros síntomas que me indicaron que algo anómalo ocurría en mi organismo, y aunque era consciente de la necesidad apremiante de conocer la verdad, tuve miedo y decidí ignorarlos con la convicción absurda de que éstos desaparecerían si así lo hacía.

No obstante mi negativa a aceptar la realidad, la infección prosiguió su curso y el mal comenzó a manifestarse en síntomas aún más atemorizantes a medida que avanzaba la evolución del parásito. Entonces, comprendí que no tenía otra alternativa que acudir al hospital para que me examinaran.

Ese amanecer, mientras me vestía, contemplé la mañana naciente a través del ojo de buey de mi dormitorio. La oscuridad se dispersaba, aterrada ante el rugido silencioso de la luz que se arrojaba sobre ella como una jauría de carroñeros voraces encima de los restos de un animal recién muerto, menospreciados por los victimarios que se habían cebado primero con su carne caliente.

Sonidos débiles y confusos repercutían en las salas y pasillos del hospital, generados por la acústica sobrenatural de los techos abovedados. Las voces humanas se unían en extraña simbiosis con el roce escalofriante sobre los pisos gastados de las ruedas de las camillas, que transportaban su carga

de seres en distintos estadios de la descomposición gradual a la que la naturaleza nos condena con el padecimiento de enfermedades diversas. Enfermedades que disgregarán algún día o alguna noche cualquiera nuestras funciones psíquicas en ese abismo desconocido al que llamamos muerte.

Permanecí contra los ventanales de vidrios gruesos, agrietados en diversas partes en un remedo irónico de heridas mal suturadas por cirujanos, a quienes no les importaba ni la vida ni la muerte de la materia viviente que yacía bajo las luces del quirófano.

Consulté al especialista, quien después de una revisión previa, creyó conveniente que me sometiera a la práctica de ciertos análisis de laboratorio y de otros estudios específicos, para estar seguro de que el diagnóstico provisorio que me dio era el correcto. Obedecí sus indicaciones, aunque sabía que no era necesario confirmar lo que me había dicho. Un par de semanas mas tarde el médico me comunicó que, efectivamente, la presencia de un parásito había infectado mi ser, convirtiéndome así en una víctima más de estas criaturas que viven a expensas de sus huéspedes.

Abandoné el hospital y deambulé por las calles sin poder asimilar en mi mente aturdida el hecho de portar encima esa cosa abominable. Caminé durante horas sin saber dónde estaba, mirando mi cara que se reflejaba indefinida y fantasmal en los escaparates de comercios desconocidos. Traté en vano de eludir esos ojos incorpóreos, desorbitados por el terror, que me devolvían la mirada desde los cristales transparentes similares al agua congelada de los estanques en invierno. Pero era imposible sustraerse de ellos y los contemplaba temblando, sintiéndome como un pez que es atraído de manera mortal hacia un anzuelo, camuflado hábilmente por un señuelo con forma de insecto.

Volví a casa. El cielo ya estaba oscuro y la brisa arremolinaba alrededor de mí, los ecos de risas lejanas. El sonido componía una escala cromática que ascendía en el aire; como polillas ansiosas buscando la luz de los faroles. La noche me arrojaba encima su mole, intentando arrastrarme hacia su estrato más profundo, para disolver mi cordura entre sus dedos cadavéricos.

Una oscuridad aún mayor estiró sus brazos para recibirme cuando entré. La puerta de calle, al cerrarse, me aisló de las carcajadas distantes que azotaban mis oídos como insultos. No encendí las luces. No las necesitaba en absoluto. Conocía de memoria cada rincón de la casa. El lugar exacto donde estaban colocados los muebles; cuántos eran los pasos que me llevaban de una habitación a la

otra; dónde comenzaba la escalera y dónde terminaba. Subí los peldaños sin sujetarme de la baranda. La alfombra que los cubría amortiguó el rumor de mi avance y contribuyó a mantener el silencio.

Casi al final de la escalera una punzada repentina en el estómago consiguió que me doblara. El vómito ácido ascendió por mi garganta e irrumpió por mi boca. El sonido de las arcadas apuñaló la masa compacta del silencio, que sangró el líquido negro y viscoso del que estaba compuesto. No llegué a tiempo. El líquido caliente que chorreaba de mi barbilla, dejó un reguero de pestilencia a lo largo del tramo que separaba el rellano superior de la escalera del baño del primer piso.

Aún a oscuras me incliné sobre el lavamanos. Mi cuerpo se convulsionó y las sacudidas violentas se sucedieron hasta llevarme al límite del agotamiento. Me dejé caer al suelo e inconscientemente, sobre las baldosas frías, adopté la posición fetal. Poco después las náuseas fueron reemplazadas por un alarido desesperado, que resonó en la casa vacía igual que sollozos aterrados en celdas subterráneas.

Esa noche supe que mi vida, tal como la había conocido hasta entonces, había terminado para siempre.

Decidí no contarle a nadie acerca de la infección. Tuve la certeza de que si le confiaba a alguien mi secreto éste se divulgaría inevitablemente. Temía el rechazo de la gente; la discriminación; aunque sabía que también estarían aquellos que me mirarían con lástima, conmovidos por la magnitud de mi tragedia personal. De todas maneras, no deseaba ninguna de las dos cosas.

Proseguí con mi rutina de concurrir a la oficina mientras la presencia del parásito no fuera detectada por mis allegados. Traté de que mi comportamiento fuera normal; que no hubiera ningún detalle, por insignificante que pareciese, que les alertara de la verdad.

Tuve éxito. Dilaté la situación lo más que pude, pero llegó el momento en que ya no hubo forma de esconder o disimular los síntomas graves que aparecieron gradualmente con el progreso de la enfermedad, dado que el parásito aumentaba su vigor y se adueñaba cada vez más de mí. Al principio, cuando recién se había instalado dentro de mi cuerpo, mi organismo lo rechazó sistemáticamente durante varias semanas. Sin embargo, no fue lo bastante poderoso para expulsarlo y éste creció,

regodeándose con la derrota del enemigo que no había logrado desechar a esa cosa ajena a él y que ahora, resignado, está obligado a soportar.

Sé por la información obtenida de un texto que compré de segunda mano en una librería cercana a la Facultad de Medicina, que un quince por ciento de las “anidaciones” parasitarias acaban siendo eliminadas en forma espontánea y natural por el huésped, y que esto suele ocurrir entre la cuarta y la duodécima semana de la infección. Pero yo no tuve esa suerte.

Con profundo asco, leí página tras página hasta conocer todos los detalles concernientes a mi enfermedad. Me obligué a examinar minuciosamente las imágenes que ilustraban su evolución; e insistía con crueldad refinada en continuar mirando a pesar de que la repugnancia y el miedo intentaban persuadirme de apartar los ojos de esas visiones grotescas.

Aprendí que el parásito permaneció inmóvil, encogido como una serpiente aletargada por el frío, durante las cinco primeras semanas mientras se formaba su capa interior y exterior. Supe que ésta última desarrolló además una hendidura que permitió el crecimiento de una tercera capa entre las primeras dos; y que después cada una de estas capas formó partes específicas de su organismo.

Al finalizar la tercera semana, dos tubos delgados se fundieron en uno y formaron el músculo que bombea mi sangre al cuerpo del monstruo. Al comienzo de la cuarta semana sus células ya se habían agrupado para formar las extremidades y órganos internos. La capa media comenzó a crear el sistema nervioso y en el transcurso de la quinta semana aparecieron sus ojos y sus extremidades.

Lo siento moverse en mi interior. Es una cosa ciega que tantea los límites del territorio que ha invadido. A veces lo imaginaba como la larva monstruosa de un gusano blando, invertebrado, desarrollándose en mis vísceras a las que utiliza como crisálida para efectuar su metamorfosis y emerger de ella ya completo, saciado de los nutrientes que consumió vorazmente durante el proceso de su formación.

En las semanas posteriores, cuando ya había sustraído la fuerza suficiente de mi carne y mi sangre hasta adquirir un volumen considerable, comenzó a trasladarse erráticamente de un extremo al otro de mi anatomía hinchada y deforme, cuya visión me provoca pesadillas aberrantes en el transcurso

de las noches escasas en que logro conciliar el sueño. Naturalmente, para ese entonces yo ya no había tenido otra alternativa que renunciar a mi empleo.

Con el dinero que recibí compré todos los elementos que me parecieron indispensables para sobrellevar el largo encierro que decidí imponerme. Abastecí las alacenas y el congelador con alimentos para mí y para mis dos perros, y me recliné en casa para que nadie supiera del horror de lo que me esperaba, ni pudiera ver la transformación de mi cuerpo normal en otro disforme, esculpido por la acción pertinaz del engendro que llevo dentro.

Nunca pensé que llegaría el día en que me alegraría de no tener amigos ni familiares con los que mantuviera contacto asiduo, ni vecinos con los que me relacionara más allá de un saludo breve y distante cuando me los cruzaba en la calle. Este aislamiento resultó en definitiva ser una ventaja, ya que nadie se acercó jamás a mi casa para saber qué me pasaba.

También había resuelto no pedir ayuda médica ni someterme a tratamiento alguno. Era inútil. El parásito ya estaba arraigado firmemente en mí y a esta altura de su desarrollo no había nada que yo o cualquier profesional pudiera hacer para quitarlo. Analicé las cosas con frialdad a la luz siniestra de esta situación, y no encontré otra opción que arreglármelas como pudiera por mis propios medios.

Me pregunto ocasionalmente si tendrá la capacidad de percibir cuánto lo odio, o si podrá sentir en su sistema nervioso rudimentario la intensidad con que deseo su muerte; y aunque me necesita con vida porque eso es fundamental para su subsistencia, intuyo que a él la mía le resulta indiferente.

Puedo entender que esta última idea en especial parezca un poco extraña, pero es perfectamente comprensible si se considera el hecho de que un parásito no piensa. Que no es más que un animal inferior que actúa regido por el instinto primitivo que poseen todas las especies de aferrarse a la vida como sea posible; sin experimentar remordimientos, sin tener moral ni conciencia que les reprochen los métodos que utilizan con ese propósito. Yo soy para él un hábitat caliente donde puede permanecer y extraer las sustancias vitales indispensables para mantenerse vivo hasta que llegue el momento, en que ya maduro, se abrirá paso con violencia a través de mi cuerpo debilitado mientras yo sangro por la herida abierta, abrigando la esperanza incierta de sobrevivir al trauma de la eclosión.

De acuerdo a mis cálculos y según los datos del libro, especulo que el parásito concluirá su incubación dentro de cuatro semanas.

Me siento débil en extremo. Mis horas de vigilia las ocupo en aturdirme deliberadamente para no pensar y las botellas vacías de vodka se acumulan en el patio de atrás, convirtiéndose algunas en astillas cuando el viento rugiente las derriba; o cuando los perros las atropellan para guarecerse de la lluvia bajo el toldo de lona verde.

Astillas brillantes fueron también las del espejo del baño cuando ya no pude tolerar la visión de mi boca desdentada, cuyas encías semejantes a muñones sangran con cada pieza dental que pierdo; y de mi rostro macilento y consumido, del color de los huesos roídos que yacen esparcidos en el patio

La pérdida de las piezas dentales es un indicio de que el parásito ya se ha apropiado del calcio que poseía mi organismo. A menudo me despierto con la cavidad bucal llena de sangre, y me reincorporo con esfuerzo para encontrar la almohada empapada con coágulos informes, que conforman un nido inmundo donde descansan dientes o molares, cual huevos abandonados por un pájaro monstruoso que hubiera huido de las pesadillas que atormentan mi cerebro.

El cansancio que experimento a diario con mayor agudeza, es la confirmación de que también se está apoderando del hierro, de las vitaminas y de las proteínas de mi cuerpo. Si no muero cuando él irrumpa desde mis adentros, moriré sin duda a causa de la anemia que me ha provocado.

Por intermedio de mis investigaciones aprendí que en la catorceava semana de la infección el parásito ya se había formado por completo y que a partir de entonces continuó creciendo en tamaño, proceso que finalizará al llegar la cuadragésima semana; momento en que normalmente todos ellos emergen al mundo exterior recurriendo a la fuerza bestial que los caracteriza, y prosiguen con su vida ya fuera de la morada transitoria que los cobijó.

Tres semanas antes de la eclosión.

La lluvia comenzó al amanecer. Un amanecer extraño. El disco del sol permaneció oculto tras la lámina acerada y opaca del firmamento gris. A medida que las horas avanzaban, las tinieblas absolutas tomaron posesión de la casa como así también del cielo carente de estrellas.

A la medianoche, cuando el día que completaba la tercera semana concluía y restaban segundos para el inicio de la segunda, un rayo distorsionó la oscuridad y el rugido de un trueno sacudió la tierra, alterando la inmovilidad del parásito que reposa en mi interior. Quizás interrumpió su sueño, aunque no sé si es capaz de soñar.

Tal vez, si eso es posible, soñaba que estaba libre; reptando o arrastrándose sobre sus extremidades prosaicas y alejándose de mí. Tal vez es por eso que se removió con furia en su prisión de carne, porque al despertar comprobó que aún permanecía encerrado en ella.

Dos semanas antes.

Pensé en la tumba de mi madre, y en quién se ocupará de mi cadáver cuando la fetidez de la descomposición alerte a mis vecinos de que algo anormal ocurre entre las paredes salpicadas de sangre.

Es probable que al recibir nada más que el eco del sonido agudo del timbre como respuesta a sus llamados, alguno de ellos llame a la policía para forzar la puerta de entrada, ya que nadie se atreverá a saltar el muro que circunda el patio por temor a los perros y a un eventual ataque de su parte.

Igual que los guijarros blancos que relucían bajo la luz de la luna guiaron la primera vez a Hansel y Gretel perdidos en el bosque de regreso hasta su hogar; la pestilencia de mi carne muerta los llevará hasta el dormitorio del primer piso, lugar donde pienso esperar la irrupción de la bestia.

No necesito cerrar los ojos para visualizar en mi mente los rostros de los espectadores al contemplar el panorama inmundo de mi cuerpo desgarrado tendido sobre la cama. La hemorragia que habrá impregnado tanto las sábanas como el colchón sin duda ya se habrá secado, pero algunos residuos de mis entrañas asomarán al exterior y estarán cubiertos de gusanos que, partiendo desde allí, recorrerán mi anatomía, demostrando total indiferencia ante la mirada asqueada de su público; ignorante en ese momento de que los congéneres de esos seres invertebrados que todavía no han nacido, algún día también serán dueños de sus cuerpos corruptos e indefensos.

Es posible que en medio del caos del hallazgo a ninguno de los intrusos se le ocurra pensar que el parásito ya desarrollado puede estar oculto en cualquier rincón oscuro de la casa, observando sus

movimientos mientras permanece al acecho y dispuesto a escapar ante cualquier peligro que pueda dañar su integridad corporal, aún debilitada por el forcejeo que debió efectuar para despojarse del capullo viviente que lo contuvo durante cuarenta semanas.

No fue casual que pensara en mi madre. Ella fue una de las tantas víctimas que sucumbieron ante la misma enfermedad que ahora yo padezco, y cuya culminación espero con el mismo terror que ella habrá sentido cuando supo de la gravedad de su estado.

A diferencia de la decisión que yo he tomado, ella sí había optado por someterse a un tratamiento médico que, supuestamente, la ayudaría a librarse del parásito sin que su vida fuera alcanzada por la hoja sibilante de la muerte. Sin embargo, todas las precauciones tomadas fueron en vano, dado que murió mientras trataba de expulsar el parásito hacia fuera y ninguno de los médicos presentes pudo hacer nada para salvarla.

Al menos su asesino tampoco logró sobrevivir y fue retirado del lugar para ser incinerado, o quizás para ser analizado, en algún ignoto laboratorio. Cualquiera haya sido su destino no me importa en lo más mínimo.

Nunca más fui a visitar la tumba. Seguramente los hierbajos habrán crecido hasta tapar las inscripciones de la lápida desgastada por innumerables lluvias y blanqueada por el sol de otros tantos incontables veranos.

Una semana.

Ya no puedo levantarme. Los perros gimen a causa del hambre y rasguñan la puerta que comunica la cocina con el patio en una súplica patética que no recibe respuesta. Apenas tengo fuerza para alcanzar la botella de agua que se yergue junto a mi brazo, que pende flácido bajo la línea que divide el colchón del somier.

Mi otro brazo, paralelo a un cuerpo amorfo que ya no reconozco como mío, yace inerte a centímetros escasos de sobrantes de comida desparramados sobre las sábanas, masticados e ingeridos algunos y otros escupidos con desdén.

Sobre mi pecho, reposa la cuchilla con la que aniquilaré a la bestia apenas asome su odiosa cabeza.

Me niego a ser una víctima pasiva como lo fue mi madre. Le he oído decir que todos debemos pagar por nuestros pecados. Tal vez esta es la manera en que yo debo hacerlo. O tal vez no. Es posible que consiga matarlo sin sacrificarme y sea otro el castigo que se me ha reservado.

Martes, once de la mañana.

Lo tengo ante mí. Su piel está cubierta de una sustancia blanca que recubre su superficie. Sus extremidades, que se alzan moviéndose en forma errática, agitan el aire maloliente de la habitación.

Sobrevivimos ambos. Contemplantarlo así, tan de cerca, es mucho más espantoso que las fotografías que había visto de ellos luego de que hubieran salido al exterior.

Puedo ver en detalle los óvalos de sus ojos, que mantiene abiertos pero que aún son casi ciegos. Su cuerpo es alargado, rematado en una cabeza oblonga. Abre la hendidura que cumple la función de la boca, y a través de ella emite chillidos estridentes que me destrozan los nervios. Esa misma boca pronto se llenará de veinte dientes que utilizará para cortar, morder y desgarrar.

El dolor comenzó el lunes por la noche. Primero fue irregular; cada media hora; y a medida que el proceso de expulsión del parásito avanzaba aumentó su intensidad. Grité mientras el monstruo provocaba la dilatación que lo llevaría al mundo exterior. Vi con terror emerger primero su cabeza y luego el resto de su cuerpo rojizo, recubierto por el lanugo blanquecino.

Fueron en total trece horas de agonía. Los perros ladraban enloquecidos al escuchar mis alaridos de dolor y miedo a los que más tarde, concluida la eclosión, se sumaron los del parásito que se estremecía sobre las sábanas húmedas de sangre; tan agotado en su lucha por salir que ni siquiera tenía fuerzas para reptar.

Corté con la cuchilla el conjunto de vasos en forma de tubo por donde circularon los nutrientes que lo habían alimentado y que todavía lo unían a mí. La fatiga que sentía era tan abrumadora que el mango tembló entre mis dedos sanguinolentos, y no pude a continuación clavar la hoja recta y puntiaguda en su carne con la fuerza y la precisión que hubiera querido.

Sé que perdí el conocimiento, no sé por cuánto tiempo, pero al volver en mí descubrí que el parásito seguía en el lugar donde lo había dejado. No comprendo por qué no intentó alejarse mientras pudo hacerlo y ponerse a salvo.

Martes, dos de la tarde.

Son necesarias varias arremetidas con la cuchilla para hacerlo callar. El acero penetra en él con una facilidad sorprendente, abriendo canales y horadando. Finalmente, los chillidos bestiales cesan para siempre.

Me pongo de pie con esfuerzo. Lentamente. Sostengo mi vientre con la mano y el antebrazo izquierdo, mientras que con la mano derecha aferro al parásito por una de sus extremidades, ahora inmóviles, y lo arrastro fuera de la cama.

Es una de las extremidades inferiores. Su cabeza cuelga hacia abajo y gotea de ella el líquido oscuro que se desliza desde sus heridas abiertas en el torso y el abdomen. Sangre roja; que ensucia la alfombra y se extiende en ella como pimpollos de rosas macabras que se abren a un universo demencial.

Consigo descender la escalera; paso a paso; trastabillando innumerables veces y exponiéndome al riesgo de caer de bruces.

Los ladridos de alerta de los perros han sido reemplazados nuevamente por los aullidos del hambre, que habían repercutido con anterioridad dentro de la cocina desierta.

Casi sin aliento logro abrir la puerta del patio. Los animales olfatean la carne fresca del bebé y se abalanzan contra la puerta que los separa del objeto de su deseo. Una mezcla burbujeante de saliva y espuma se desprende de sus mandíbulas abiertas.

Los miro forcejear en el patio bajo el cielo tormentoso, tironeando desde lados opuestos, luchando para obtener el trozo más grande.

Desvío los ojos un instante para escudriñar el firmamento. Por el aspecto de las nubes, creo que la lluvia no tardará en caer.

Fin.

